

## LABORATORIO CONTINENTAL\*

El topo es un delicado mamífero que continuamente excava túneles en la tierra; luego, cuando menos se espera, rompe la superficie y aparece sobre el terreno. Su actividad subterránea y, por encima de todo, sus imprevisibles apariciones convirtieron en el siglo XIX a la insolente pequeña bestia en un símbolo de la Revolución. Marx, célebremente, adaptó en el *18 Brumario* un verso de *Hamlet* para saludar sus empresas: «¡Bien excavado, viejo topo!». *A Nova Toupeira*, de Emir Sader —que Verso publicará próximamente en inglés con el título de *The New Mole*—, está dedicado a la aparición en América Latina de los retoños de la criatura durante los últimos años. A comienzos del siglo XXI, el continente muestra un llamativo contraste con la mayor parte del resto del globo: gobiernos de tendencias izquierdistas, a menudo respaldados por movimientos populares radicales, están en el poder en gran parte de su territorio, desde Argentina a El Salvador, en un arco que abarca a la mayor potencia de la región, Brasil, y al mayor productor de petróleo, Venezuela.

¿Qué es lo que explica esta excepcional y esperanzadora coyuntura? Hay multitud de trabajos que estudian las específicas experiencias nacionales en el continente, así como una creciente literatura dedicada al reciente resurgir de la izquierda en Venezuela, Bolivia y Ecuador, relatos tanto a favor como en contra. Sin embargo, muy pocos libros intentan dar un panorama general de los actuales acontecimientos en América Latina como conjunto; entre ellos, todavía menos están escritos desde la izquierda. Resulta irónico que, entre las obras disponibles en inglés, el libro que ha dominado el campo hasta la fecha, *Forgotten Continent* (2007), de Michael Reid, proceda de la pluma del corresponsal del *Economist*. Contra esto, *The New Mole* sobresale por proporcionar tanto una síntesis analítica de alcance verdaderamente continental, como una importante alternativa a la perspectiva dominante.

Nacido en São Paulo en 1943, Sader es autor de docenas de libros y ensayos sobre la política en Brasil y América Latina, así como sobre las trayec-

---

\* Emir Sader, *A Nova Toupeira: Os caminhos da esquerda latinoamericana*, Boitempo, São Paulo, 2009, 190 pp. [ed. cast.: *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2009].

torias y estrategias de la izquierda; desde *Estado e Política em Marx* (1983) y estudios sobre las revoluciones en Cuba, Chile y Nicaragua, hasta *Cartas a Che Guevara* (1997) y *Século xx* (2000), una «biografía no autorizada» del siglo xx. Actualmente presidente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, no es solamente un influyente científico social, sino también un militante impenitente que nunca se ha reconciliado con el orden capitalista establecido; uno de esos que no han sustituido su vino «tinto» por agua mineral o Coca-Cola. Como cuenta en la introducción autobiográfica del libro, Sader se convirtió en un activista en 1959, cuando, junto a su hermano Eder, fue invitado a unirse a un pequeño grupo «luxemburguista». Su primera tarea fue distribuir un periódico socialista que en la primera página festejaba el triunfo de la Revolución cubana sobre la dictadura de Batista.

Como muchos de sus coetáneos, Sader se vio profundamente afectado por la repentina y vigorizante erupción del topo en la isla del Caribe, un acontecimiento que influyó en la trayectoria de todo el continente. Hablando de esos años, señala que parecía haber una cierta clase de convergencia hegeliana entre la teoría y la realidad, entre el marxismo y la revolución. Describe la famosa consigna del Che, «o revolución socialista o caricatura de revolución», como «el eslogan que dio sentido a nuestras vidas». A principios de la década de 1960, parecía que el movimiento hacia adelante era irresistible; a partir de entonces vinieron una sucesión de reveses y derrotas, desde el golpe militar en Brasil en 1964, a la restauración en 1991 del capitalismo en todo el bloque soviético. Sin embargo, para Sader estos reveses no son razón para rendirse: el capitalismo en su forma actual es más injusto que nunca, responsable de guerras y hambre, de la generalización de las privaciones y de la destrucción del medio ambiente, y mientras exista el capitalismo, el socialismo seguirá estando en el horizonte histórico como una alternativa posible.

*The New Mole* está, por ello, estructurado como una investigación sobre las formas actuales de la lucha anticapitalista en América Latina y de sus perspectivas futuras. Empezando desde la Revolución cubana, el análisis de Sader divide la historia del continente en seis ciclos de lucha política. El primero abarca desde 1959 a 1967, un periodo en el que, bajo la influencia de la Revolución cubana, surgieron en diversos países guerrillas rurales; la muerte de Che Guevara señaló el final de esta primera ola. En el segundo ciclo, desde 1967 a 1973, las guerrillas urbanas reemplazaron a las rurales, mientras Salvador Allende intentaba un singular experimento en Chile. Entre 1973 y 1979, en una tercera fase, la izquierda parecía estar derrotada y se establecían dictaduras militares en Chile, Argentina y Uruguay, que se sumaban a una larga lista de países –Bolivia, Brasil, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay y Perú– que ya estaban bajo la ley marcial. En 1979 empezó un cuarto ciclo, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional tomó el poder en Nicaragua, el cual mantuvo hasta 1990; en estos años, las guerrillas suponían un poderoso desafío a los gobiernos de otros países de América Central, en especial El Salvador. El quinto periodo que identifica Sader se extiende desde 1990 a 1998, inaugurado por la derrota electoral de los

sandinistas y la caída de la URSS, después de la cual Cuba perdió el apoyo soviético y empezó a sufrir las dificultades del «periodo especial». Por encima de todo, en este ciclo el neoliberalismo triunfaba por todo el continente, consiguiendo la adhesión de antiguos partidos nacionalistas o socialdemócratas y ocupando por completo el espectro político.

Sin embargo, en la fase más reciente, la hegemonía neoliberal ha sufrido sucesivos reveses. La elección de Chávez en Venezuela en 1998 fue seguida, a comienzos del nuevo siglo, por levantamientos antigubernamentales en varios países –en Argentina en 2001, Bolivia en 2003 y Ecuador en 2005, los presidentes se vieron obligados a huir de sus palacios– y por victorias en las urnas de fuerzas progresistas de diversos matices. Lula, en Brasil, en 2002; Tabaré Vázquez, en Uruguay, en 2004; Evo Morales, en Bolivia, en 2005; Rafael Correa, en Ecuador, en 2006; y Fernando Lugo, en Paraguay, en 2008. La sensación de un giro a la izquierda en América Latina se confirmó con la consolidación de muchas de estas fuerzas: Chávez sobrevivió a un intento de golpe de Estado y a la convocatoria del referéndum, para conseguir un segundo mandato en 2006; y José Mujica sucedió a Tabaré Vázquez en Montevideo; nombrada sucesora de Lula, Dilma Rousseff obtuvo la presidencia en 2010.

¿Qué es lo que explica el colapso del neoliberalismo en el continente que una vez fue, como observa Sader, su laboratorio? El autor señala a los fracasos económicos de las políticas del Consenso de Washington, que, aunque frenaban la inflación, produjeron crecientes déficits gubernamentales e hicieron que los países en cuestión fueran muy vulnerables a los ataques especulativos; en una década, el modelo neoliberal había producido crisis devastadoras en las tres principales economías de la región; México en 1994, Brasil en 1999 y Argentina en 2001. La «apertura» de las economías de América Latina también tuvo consecuencias de largo alcance: la desindustrialización y la expansión del sector financiero trajeron un desempleo en ascenso y una intensificación de la concentración de los ingresos entre los ricos. Estos procesos fueron acompañados por la fragmentación e informalización de la fuerza de trabajo, y el empobrecimiento de la mayoría de las capas con ingresos bajos y medios. Desde la perspectiva de Sader, aunque el neoliberalismo había triunfado a nivel ideológico, fracasó en crear las bases sociales necesarias para su legitimación y continuidad: en unos cuantos años «había agotado su potencial hegemónico sin haber cumplido sus principales promesas». Las crisis económicas y la injusticia social provocaron la caída de por lo menos diez gobiernos; esta vez no como consecuencia de golpes militares, sino de la pérdida de legitimidad.

Sader dedica todo un capítulo a lo que denomina el «enigma de Lula». La prominencia de Brasil en su libro se explica no sólo por sus propios orígenes, sino también por la importancia objetiva del país dentro de la política de América Latina. La victoria electoral de Lula en 2002 tuvo sus raíces en la resistencia a la dictadura, así como en la oposición al neoliberalismo después de la «re-democratización» de 1985. El Partido dos Trabalhadores (PT)

fue fundado en 1980 como un intento de crear una nueva forma de política de la izquierda, más allá de la socialdemocracia y del comunismo soviético. Tuvo un papel decisivo en la formación de nuevos movimientos obreros y campesinos, así como en la fundación del Foro Social Mundial de Porto Alegre, la ciudad sureña donde una administración del PT puso en práctica el «presupuesto participativo», una original forma de democracia participativa. Sin embargo, después de ser derrotados por candidatos neoliberales en las elecciones presidenciales de 1989 y 1994, Lula empezó a ser cada vez más autónomo respecto a su partido. De hecho, dice Sader, nunca tuvo ningún vínculo con la tradición de la izquierda en Brasil: como sindicalista no tenía ninguna ideología revolucionaria o radical, y favoreció las negociaciones por encima de las rupturas.

El balance final de Sader sobre el gobierno de Lula está lejos de ser halagüeño: lo describe como una forma de liberalismo social que no desafía la hegemonía del capital financiero ni la del imperialismo estadounidense. La continuidad con las orientaciones neoliberales de gobiernos anteriores se aseguró por medio de varias políticas clave: independencia del Banco Central –presidido por Henrique Meirelles, anterior directivo del Banco de Boston–, tipos de interés altos y una reducción del déficit a un ritmo incluso mayor que el que exigía el FMI. Lo peor de todo fue la alianza de la Administración de Lula con la agroindustria, a expensas de la seguridad alimentaria del país y de la prometida reforma agraria. A estas deficiencias yo añadiría la falta de interés por los temas ecológicos –especialmente por la protección de los bosques del Amazonas–, que llevó a la ministra de Medio Ambiente de Lula, Marina Silva, a dimitir y presentarse en contra del candidato del PT en las elecciones presidenciales de 2010.

¿Significa esto que el gobierno de Lula pueda ser definido como una versión tropical del blairismo, como han sostenido algunos críticos? Para Sader, en absoluto. Algunos aspectos positivos de esta administración híbrida y contradictoria también necesitan ser tenidos en cuenta: la prioridad otorgada a la integración regional frente al comercio libre con Estados Unidos, como pone en evidencia el rechazo de Brasil de la Zona de Libre Comercio de las Américas propuesta por George W. Bush; algunas políticas sociales distributivas, como el programa de la Bolsa Familia, de asistencia a los más pobres; la reducción del desempleo y el aumento del trabajo formal y una política exterior autónoma. Aunque se esté de acuerdo con esta afirmación general, habría que añadir una nueva medida para definir el carácter de la Administración de Lula. Frei Betto, el conocido teólogo de la liberación brasileño, amigo y antiguo consejero de Lula, ha resaltado la «estructura de clase» del presupuesto brasileño: 300.000 millones de *reais* para el gran capital –bancos, industrias, terratenientes– y 30.000 millones en forma de programas sociales para las familias más pobres. Esto nos proporciona la fórmula matemática del liberalismo social: 90 por 100 para los ricos, 10 por 100 para los pobres. Por supuesto, este 10 por 100 marca una diferencia significativa para los pobres, y ayuda a entender la popularidad de Lula entre las masas de lo que ha llegado a denominarse el «pobre-etariado».

¿Cómo debería relacionarse la izquierda con el gobierno de Lula y con coaliciones de centro izquierda similares, encabezadas por Tabaré Vázquez, Lugo o la argentina Cristina Fernández? En el que quizá sea el capítulo más importante del libro, Sader pasa al análisis de cuestiones de estrategia. Sostiene que el gran desafío para la izquierda latinoamericana es la formulación de una nueva estrategia hegemónica, más allá de los puntos muertos del reformismo y del sectarismo. El reformismo, como muestra la Administración de Lula, no desafía al modelo neoliberal y, en vez de ello, sigue siendo una variante de lo mismo; el poder del capital financiero, de la agroindustria y de los conglomerados privados sigue sin ser cuestionado. Pero un «ultraizquierdismo» que concentre su furia en los gobiernos de centro izquierda –posición de aquellos que constantemente denuncian no sólo a Lula, sino a Morales y Chávez como traidores– no es una alternativa. En vez de ello, Sader recomienda una aproximación más matizada. Los gobiernos de centro izquierda en América Latina son evidentemente más progresistas que las anteriores coaliciones neoliberales de la derecha, aunque únicamente sea por su rechazo a los tratados de libre comercio con Estados Unidos y por sus políticas sociales distributivas. Por ello, Sader mantiene que no deben ser tratados como el «enemigo principal». La estrategia correcta de la izquierda, desde su perspectiva, debería ser una alianza con los sectores progresistas de estos gobiernos, mientras lanzan sus ataques sobre sus políticas regresivas: la hegemonía del capital financiero, el apoyo a la agroindustria, la autonomía del Banco Central, etcétera.

A esto se podría añadir una nueva estrategia, quizá más adecuada a la situación: ayudar a movilizar la presión política desde abajo, en combinación con los movimientos sociales –de campesinos, indígenas, obreros, desempleados–, así como organizaciones de izquierda, intelectuales, estudiantes y redes progresistas de la Iglesia, para así obtener concesiones significativas. O mejor todavía: comenzar a realizar reformas agrarias–como ha hecho el MST, el movimiento sin tierras brasileño– independientemente de ocupar las propiedades de los grandes terratenientes mientras se lucha por el reconocimiento de los derechos de los campesinos sin tierras. La existencia de corrientes radicales pero no sectarias –que consideran a las reaccionarias fuerzas neoliberales como el principal enemigo, son claramente independientes de los gobiernos de centro izquierda y han desarrollado una profunda crítica del liberalismo social– es un importante activo de la izquierda.

De acuerdo con Sader, la nueva estrategia de la izquierda debería buscar inspiración en la tradición clásica del programa de transición: en vez de presentar una elección abstracta entre «reforma» y «revolución», de proponer reformas que el sistema no puede absorber, las reivindicaciones que parecen limitadas –«pan, tierra y paz»– son las que, de hecho, abren el camino para el desarrollo de una alternativa anticapitalista. La llamada «utópica» de Fredric Jameson, «trabajo para todos», puede ser un ejemplo. Sader también nos recuerda que todas las revoluciones son necesariamente heterodoxas e inesperadas: ¿no fue la Revolución rusa, como escribió Gramsci, una «revolución contra *El capital*?».

Para proporcionar profundidad histórica a su discusión estratégica, Sader examina los tres senderos tomados por la izquierda latinoamericana durante el siglo xx. El primero fue una estrategia de reformas democráticas que, supuestamente, iban a conducir, de acuerdo con los partidos comunistas tradicionales, a una «etapa nacional y democrática», en alianza con la burguesía nacional progresista; estos pasos se consideraban necesarios antes de poder vislumbrar el socialismo. Pero la experiencia de varios gobiernos nacionalistas (burgueses) apoyados por la izquierda –como los de Vargas y Perón– acabó en derrota. Lo mismo sucedió con Chile, pero por razones diferentes. El gobierno de Unidad Popular de Allende rompió con esta clase de estrategia «de etapas» y apuntó hacia una transición pacífica al socialismo, pero no fue capaz de crear un «poder popular» y fue destruido por un brutal golpe militar. El establecimiento de dictaduras militares en la mayoría de los países de América Latina entre 1964 y 1973 condujo a la segunda estrategia de la izquierda: guerra de guerrillas. Inspirada por la Revolución cubana, y a menudo por una interpretación parcial de su trayectoria –como en la influyente obra de Régis Debray *Revolution in the revolution?* (1967), que resalta solamente su dimensión militar y voluntarista, desatendiendo los movimientos de masas–, las campañas de la guerrilla se extendieron por todo el continente. Pero fueron derrotadas en todas partes, con la excepción de América Central y, en particular, de Nicaragua, donde los sandinistas pudieron derrotar a Somoza.

La tercera estrategia nació a finales del siglo xx, en la lucha contra gobiernos neoliberales. Ya que la mayoría de los partidos nacionalistas y democráticos-sociales habían adoptado el neoliberalismo, la resistencia estuvo dirigida por los movimientos sociales: los zapatistas mexicanos, el MST brasileño, los *piqueteros* de Argentina –movimientos de desempleados– y por las organizaciones indígenas de Bolivia, Perú y Ecuador. La mejor expresión de la oposición de los movimientos sociales al neoliberalismo fue el Foro Social Mundial. Aunque reconoce la importancia del FSM y su contribución positiva, Sader considera que cristalizó una problemática separación entre lo social y lo político, una separación que los propios movimientos habían defendido por razones de «autonomía». Esta orientación, sostiene, se tradujo en un abandono de la esfera política y en una renuncia a la lucha por la hegemonía, congelando los movimientos populares en la etapa de la resistencia. Esta fatídica opción fue teorizada, con argumentos diversos, por Antonio Negri y John Holloway, defensores, respectivamente, del poder de la «multitud» y de «cambiar el mundo sin tomar el poder». Para Sader, el «otro mundo posible» no podía ser creado exclusivamente por los movimientos sociales: ahora está siendo construido por los gobiernos progresistas anti-neoliberales de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

La crítica de Sader al discurso antipolítico de la «autonomía» está justificada, pero yo haría unas cuantas reservas. En muchos casos, la autonomía de los movimientos sociales –por ejemplo, el MST– en relación a gobiernos más o menos «izquierdistas» es un aspecto muy positivo. El que los movimientos sociales pierdan su autonomía y queden subordinados al gobierno –como

es el caso de la brasileña CUT (Confederación de Sindicatos)— es un revés muy grave. En segundo lugar, la actitud dominante en el FSM no es hostil a los gobiernos progresistas; Morales y Chávez han sido invitados a menudo a hablar. Desde mi punto de vista, el FSM y los gobiernos progresistas tienen tareas diferentes y no pueden sustituirse el uno al otro.

Aunque hace hincapié en el frente común formado por más o menos toda la izquierda y los gobiernos de centro izquierda en América Latina contra las propuestas de libre comercio, Sader distingue claramente entre aquellos que no han dado ningún paso significativo hacia una ruptura con el modelo neoliberal y aquellos otros que representan una estrategia posneoliberal: Bolivia, Venezuela y Ecuador. Junto a Cuba, y acompañados posteriormente por unos cuantos Estados de América Central y del Caribe, estos gobiernos formaron la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), en oposición a la FTAA de Washington (acrónimo español: ALCA). Comprometidos externamente con la lucha contra la hegemonía imperial, a nivel interno estos gobiernos representan intentos de refundar el Estado, de fortalecer la esfera pública frente a la privada, de romper con políticas económicas neoliberales y de crear nuevas formas de poder popular. El ejemplo más llamativo es Bolivia, donde los movimientos sociales e indígenas crearon su propio partido, el MAS (Movimiento al Socialismo) —con la ayuda de La Comuna, un grupo de intelectuales marxistas reunidos alrededor de Álvaro García Linera—, y eligieron a un dirigente campesino indígena, Evo Morales, como candidato presidencial; Morales consiguió el triunfo en las elecciones de 2005, con García Linera como candidato a la vicepresidencia. Enfrentados a una fuerte ofensiva reaccionaria —apoyada por el imperialismo estadounidense— Morales y sus camaradas libraron una «guerra de posiciones» en el sentido gramsciano: una batalla campal en torno a la nueva Constitución, que acabó con la victoria del gobierno izquierdista en el referéndum de 2009.

En su perspectiva general sobre la lucha en Bolivia, Sader recurre a los análisis marxistas de García Linera para dar un convincente panorama de lo que llama las «diferentes etapas de la batalla por la hegemonía». Hay que lamentar que el libro no desarrolle una discusión igualmente extensa sobre los complejos y contradictorios procesos de Venezuela y Ecuador. Estos últimos ofrecen contrastes con el caso boliviano, donde podemos ver una dialéctica entre la política de Morales y la presión «desde abajo». En Venezuela, las iniciativas tienden a proceder de Chávez en una manera reminiscente de formas anteriores de populismo o caudillismo en América Latina, con la diferencia de que Chávez habla repetidamente de socialismo, lucha de clases y revolución, algo que Perón nunca hizo. Pero los movimientos sociales permanecen en una posición subordinada frente al palacio de Miraflores. Ecuador presenta un modelo diferente: Correa no fue elegido con el apoyo del CONAIE, el movimiento indígena, sino más bien por el respaldo de una coalición de la sociedad civil y de los grupos políticos de izquierda. Ha llevado a la práctica medidas progresistas, pero de una manera autoritaria. El resultado es una confrontación permanente con

el movimiento indígena, que también ha cometido algunos errores graves; un estado de tensión que está debilitando el proceso antineoliberal.

Aunque Sader considera a Bolivia, Venezuela y Ecuador –junto a Cuba– las expresiones más avanzadas de la nueva estrategia posneoliberal, añade un aleccionador comentario: en el actual contexto internacional regresivo, estos gobiernos no tienen aliados estratégicos fuera de América Latina y han sido incapaces de tomar un camino anticapitalista. Coexisten con el capital privado, que mantiene una poderosa presencia. Esto explica la contraofensiva de las fuerzas reaccionarias en los tres países, las cuales utilizan su poder económico y el de los medios de comunicación para potenciar temas que atraen a la opinión conservadora: violencia, inflación, «seguridad», etc.

Quizá resulte desconcertante que Sader no analice una de las características comunes que más destaca en estos tres gobiernos: su compromiso con una alternativa poscapitalista, con el «socialismo del siglo XXI». Este último término tiene varias funciones retóricas. En primer lugar, marca una distinción tanto con el liberalismo social como con el populismo del pasado latinoamericano. En segundo lugar, la referencia cronológica está proyectada para implicar una distancia crítica respecto a las experiencias dominantes en el siglo XX: la socialdemocracia, que fracasó porque nunca intentó luchar contra el capitalismo, y el «socialismo realmente existente», que finalmente se colapsó porque carecía de la más mínima base democrática. En tercer lugar, el término indica que el adversario no es sólo el neoliberalismo, sino el propio sistema capitalista. Desde luego, los países del ALBA están muy lejos de romper con el capitalismo, pero el mismo hecho de que, por primera vez en el mundo desde la derrota del así llamado campo socialista, tengan al socialismo en su agenda, es un avance que hay que señalar. Se podría objetar que se trata meramente de un discurso político, pero los discursos también son parte de la realidad, ya que crean las expectativas y los valores.

Sader finaliza con algunas conjeturas sobre la suerte de la ola antineoliberal en América Latina, observando su desigual éxito y señalando a un futuro incierto. Presenta un sobrio panorama del conjunto del continente:

A comienzos del nuevo siglo América Latina está atravesando una crisis de hegemonía de enormes dimensiones, en la que lo viejo está tratando de sobrevivir, mientras que lo nuevo está teniendo dificultades para reemplazarlo. Las condiciones objetivas de agotamiento del modelo neoliberal están presentes, pero países como Brasil, Argentina y Uruguay, que han mantenido el modelo mientras lo hacían más flexible –asegurando la continuidad de la política financiera, si es que no de la política económica–, se las han arreglado, cada uno a su manera, para reanudar los ciclos expansivos en sus economías; algo que los gobiernos precedentes fueron incapaces de hacer mientras aplicaban el modelo de manera ortodoxa. México, aunque todavía se adhiere a la ortodoxia, no ha conseguido avanzar económicamente, mientras que Chile –un caso ejemplar de la aplicación del modelo neoliberal– ha visto llegar a su fin un ciclo de gobiernos de concertación.



La manera en que la región emerja de la crisis de hegemonía dependerá, afirma Sader, «de la dirección que definan las luchas políticas e ideológicas». Resalta que, cualquiera que sean sus limitaciones y contradicciones, el nuevo y radical proceso «bolivariano» se ha convertido en el punto de referencia para debates sobre alternativas al neoliberalismo, no sólo en América Latina, sino a escala internacional. Para todos aquellos que no ven el neoliberalismo, o el sistema capitalista, como el «fin de la historia», como el único futuro para América Latina y para el mundo, este libro tendrá mucho interés.